



PASION

por el Dr. FÉLIX MARTÍ IBÁÑEZ

Casarse, no es únicamente escalar el monte Tabor, la cima de la suprema transfiguración amorosa; sino también saber conservar y engrandecer la joya amatoria que el Destino pone en manos de algunos enamorados.

Esa perfección conyugal que va cincelando el bloque de oro de la pasión amorosa, hasta labrar en él la primorosa orfebrería del supermatrimonio, debe abarcar dos amplios panoramas. Uno de ellos, el paisaje espiritual, ha sido objeto de los artículos precedentes. El otro dominio, el de la base plástica del amor conyugal, va a ocuparnos hoy.

Tranquílense los lectores que temiesen ver lastimada su epidermis moral por el tema que nos ocupa. Si en un artículo anterior ("Carta a una dama sobre educación sexual") ya establecimos las ventajas biológicas, la utilidad psíquica que supone una recta educación sexual infantil, hoy nos compete enfocar la educación amorosa que precisan muchos casados, si desean ver arribar a puerto la nave que los conduce.

En una palabra, no sólo requiere el matrimonio asegurar la suprema afinidad espiritual de los contrayentes, sino también esculpir un vigoroso subsuelo plástico que la sustente, modelar una recia base pasional, en la cual pueda germinar la semilla amorosa mutuamente lanzada en las relaciones prematrimoniales. Afinidad ideal sobre una base pasional límpidamente trazada. He ahí la dual condición, imprescindible para el supermatrimonio.

Todo esto hace de la relación conyugal, un inquietante problema, que minuto tras minuto están obligados a resolver — satisfactoriamente — los cónyuges. Con razón dijo Rostand que "Por el matrimonio resulta simplificada la vida, pero para cada día aislado resulta todo lo contrario".

La ciencia matrimonial abarca, pues, una serie de problemas en lo referente a la plástica amorosa, que apenas asomados a este panorama, se precipitan sobre nosotros como las tolvaneras en el cañaver. Y desde remotos tiempos, que poetas y literatos vienen tejiendo líricas coronas en torno a la frente del problema.

El poeta Ovidio, en su *Ars Amandi*, trazó maravillosas páginas sobre el asunto; los poetas musulmanes que compilaron el *Ktad* (teología musulmana), abordaron a fondo el tema; Stendhal caló con su estilete psicológico la carne de la cuestión. En la actualidad tales ensayos, entre tímidos e ingenuos, han sido superados; y por la brecha abierta por los poetas en el murallón que cercaba el recinto de la intimidad conyugal, han irrumpido biólogos e higienistas, acaso a recortar al amor conyugal sus ribetes poéticos, mas también a aportar la luz de la Ciencia a la penumbra de la citada cámara. Van der Velde, ginecólogo de Haarlem, ha sido uno de los más audaces exploradores del asunto. A él debemos una cadena de obras en las cuales se enfoca científicamente el aspecto pasional del matrimonio, hasta hoy temerosamente silenciado por los hombres de ciencia. Faceta conyugal que cuando asomó a la luz, fué para ser pasto de la picaresca moderna

Es lamentable el descuido en que hasta hoy vivió el problema. Faltos de educación en este sentido, hombre y mujer se sienten tímidos, ignorantes y desvalidos en su trato conyugal. Antes del matrimonio, cuando sólo se les planteó el problema espiritual del amor, los enamorados más o menos airoosamente fueron desbrozando terreno, repitiendo en sus idilios las mismas ingenuas y mágicas palabras que desde tiempos milenarios hicieron palpar cálidamente a la Humanidad.

Pero al trasponer las fronteras del matrimonio, se sienten ambos acometidos de súbita inquietud, de abrumadora pesadumbre, de recelosa duda, acerca de cual será la ruta pasional a seguir en el matrimonio.

Llega el hombre a las realizaciones plásticas conyugales, con una torpe educación habida en ambientes envilecedores, con una moral relajada por toda suerte de aventuras fugaces. Pero la experiencia que ahora se le presenta es muy diferente. Ante él se halla la mujer amada, la destinada a ser su compañera eterna y en la mente masculina brinca — gorrión enjaulado — la idea de que con aquella mujer su conducta debe ser bien diferente de la empleada con las mujeres que hasta entonces desfilaron en su vida. Desafortunadamente, nadie le aconsejó sobre el particular, ni él se preocupó de aprender las normas que encauzasen su actitud en el matrimonio. Y aquello le sume en un caos de confusiones.

Agudiza el problema, el hecho de hallarse por lo general frente a una mujer que le ama, pero carente de toda preparación cultural para la vida matrimonial. Mujer que además, ignorante del perfil biológico de sus deberes conyugales, los contempla con recelosa timidez. Ella confía en él, en el varón cuyo solo recuerdo ponía en ella de soltera, bullir de colmena en su pensamiento y tintineo de campanillas en su corazón. Si ella se siente transida del varón amado, confiará en su delicadeza y cariño para afrontar felizmente las realizaciones matrimoniales.

Miedo y timidez femenina. Ignorancia e incertidumbre masculina. El resultado no puede ser más deplorable. El matrimonio choca contra el escollo de la deficiente preparación por ambas partes y el amor que comenzó con un vuelo de miradas y continuó con arrullos ideales, se convierte al llegar tal momento, en una interminable procesión de días angustiosos y noches tristes. Procesión a cuya retaguardia marcha el fantasma pavoroso de la neurosis femenina, el hastío masculino y la ruptura matrimonial.

Contra ese dramático fin de acto, urge aprestarnos a rectificar la ruta y enderezar el torcido rumbo conyugal.

Ante todo, situemos de frente el problema: La amistad amorosa prematrimonial requiere una plena identificación amorosa, para la cual ambos enamorados puedan realizar ese incesante mariposear del alma en torno al espíritu de la persona amada, en el cual consiste en esencia el amor.

Pero al constituirse los enamorados en pareja matrimonial, si no se desea que el idealismo amoroso